



Ciencia UANL

Universidad Autónoma de Nuevo León

ciencia@mail.uanl.mx

ISSN (Versión impresa): 1405-9177

MÉXICO

2004

Daniel Sifuentes Espinoza

EMPRESA Y TECNOLOGÍA EN NUEVO LEÓN, SIGLO XIX (PARTE II)

*Ciencia UANL*, julio-septiembre, año/vol. VII, número 003

Universidad Autónoma de Nuevo León

Monterrey, México

pp. 302-306







Valentín Rivero y familia, 1870.

de igual forma ya se comenzaban a introducir telares primitivos. Se tejían excelentes jorongos de lana “muy usados en el país y muy apreciados por sus matices”.<sup>12</sup>

Tiempo después, en 1838, un nuevo informe establece que, en Monterrey, la industria fabril está casi paralizada, habiendo escasos telares de manta “que no tienen mayor consumo por la introducción de los norteamericanos, que se expenden a precios más cómodos”.<sup>13</sup>

Líneas atrás señalábamos la existencia de las casas comerciales, comúnmente conocidas por el nombre de sus propietarios, quienes, por lo general, eran de origen español. Estos establecimientos funcionaban en la misma casa del comerciante o en casas de alquiler donde se acomodaban uno o varios dependientes. En esa época (1838) existían 23 tiendas comerciales, y en algunas de éstas se encontraban las mercancías que los buques traían al país, procedentes de las casas inglesas, alema-



El Porvenir, Villa de Santiago, 1872.

nas y francesas, mercancías tales como: perfumería, joyería, alhajas de metales finos y piedras preciosas, relojes de bolsa, cadenas para cuello, loza, cristal, vidrio plano, peletería, carruajes o partes de ellos, ropa de porte fino e instrumentos de música de toda clase y materia.

También es de señalarse que algunos de estos personajes que se dedicaban al comercio de efectos extranjeros eran en su mayoría dependientes locales de las firmas de ultramar, a las que debían rendir cuentas, contentándose pues con una módica utilidad en la que cifraban su bienestar y el de sus familias.<sup>14</sup>

Frente al Colegio Seminario tenía su comercio Juan Francisco de la Penilla, donde había acogido a varios jóvenes, también españoles o descendientes de españoles, entre ellos destaca Valentín Rivero, que acababa de recibir de la Prefectura su carta de seguridad.

Valentín Rivero pertenecía a una familia dedicada a la industria del vidrio en Asturias, y él mismo estudió en Burdeos, importante centro comercial e industrial. Cuando emigró a Monterrey, en 1837, recién se había firmado el tratado de paz entre México y España. Pronto se integra a las actividades mercantiles hasta lograr ser cabeza de su propia casa comercial.

Una propuesta teórica señala que los hombres de negocios que sobre-

salen en Monterrey, a partir de 1850, concentraron enormes caudales por medio de mecanismos que no requirieron de la producción capitalista, y frecuentemente sin entrar en contacto con producción alguna. Actuaban y se enriquecían a través del comercio en sus más variadas maneras, incursionaban en actividades especulativas, eran fuertes prestamistas, se apropiaban de vastas extensiones rurales como forma de preservar sus fortunas. Sólo de manera tenue, esporádica, realizaban inversiones en sectores productivos, sin alimentar la producción en la gran escala que demanda el capitalismo.<sup>15</sup>

Sin embargo, no hay que olvidar que la reconversión de esos capitales usurarios al rubro industrial ya está presente desde ese mismo año (1850) y los subsiguientes, tal como sucedió en el ramo textil, donde la inversión, a mi parecer, no fue tenue ni esporádica, ya que las fábricas La Fama, El Porvenir, La Leona, El Blanqueo, y el resto de las microindustrias que se crearon a su alrededor, así lo atestiguan.

Fábrica La Fama. En marzo de 1854, nueve inversionistas avecinados en Nuevo León incursionan en una experiencia inédita, en la modalidad de trabajar conjuntamente, ideas, esfuerzo y capital.

Junto con Valentín Rivero aparecen: Gregorio Zambrano, regiomontano de 50 años, perteneciente a una



Santiago Clariond, 1910.

familia de terratenientes y comerciantes desde su juventud; Manuel María de Llano, también regiomontano, de 55 años, que poco tiempo atrás había establecido un aserradero y un molino de trigo movido por fuerza hidráulica; Juan María Clausen, oriundo de Dinamarca y casado con una hija de Gregorio Zambrano; José Morell, próspero comerciante; Pedro Calderón, también activo comercian-

te; José Ángel Benavides, sacerdote oriundo del Huajuco, y que alguna vez ocupó el cargo de juez de capellanías y obras pías del Obispado, institución de la iglesia con funciones de banco hipotecario; Mariano Hernández, español recién llegado, y Ezequiel Steele, que efectuaba importantes transacciones con el inglés Robert Law, posterior inversionista de La Leona. Estos nueve destacados

comerciantes estaban efectuando algo más que la fundación de una fábrica: estrenaban un nuevo interés a su proyección como inversionistas, estimulados quizá por la reciente creación de la Secretaría de Fomento, que tenía entre sus fines alentar la industrialización del país.<sup>16</sup>

La fábrica La Fama se empieza a construir en terrenos de la antigua Hacienda de los Ábrego, en Santa



Palacio Municipal de Monterrey, 1898.



Compañía de Luz Eléctrica y Fuerza Motriz de Monterrey, 1903.

Catarina, que fueron adquiridos a la cofradía de Ánimas de la Ciudad, dependiente de la Sagrada Mitra, o sea, del Obispado de Linares.

El edificio se hizo a base de sillar de tierra (matacán) y adobe para las paredes, con techos de terrado y hormigón y pisos de piedra labrada; este último material también se utilizó en la construcción del acueducto, el cual consistía en una acequia, perfectamente ademada (apuntalada) para evitar filtraciones, y cuya pared o arquería aumentaba de altura en relación al desnivel de la calle. La acequia tenía el suficiente desnivel para que fluyera el agua y así surtir el aljibe o depósito en reserva, y, por otra compuerta, desviar el agua innecesaria hacia la calle. El acueducto partía de la acequia principal, elevándose a una altura de quince metros para provocar una caída de agua, tenía 3.25 m de ancho y 950 m de largo, y los materiales para su construcción se obtuvieron en La Huasteca.<sup>17</sup>



La Fama, Santa Catarina, 1872.

El algodón, materia prima, se importaba de Alabama, Louisiana y Florida, en los Estados Unidos y la maquinaria de Inglaterra y Alemania. Para su montaje y correcto funcionamiento se contrataron técnicos expertos en la materia, los cuales regularmente provenían del mismo lugar que las máquinas adquiridas.

El algodón llegaba a la fábrica en bruto, es decir, se empacaba junto con la tierra y semilla de los campos labrantíos. Al entrar al proceso textil, una máquina despepitadora, por medio de dos tambores o cilindros con púas que giraban a gran velocidad, desmenuzaba el algodón, separando de éste la semilla y la tierra.<sup>18</sup>

Se acondicionaron habitaciones para el personal administrativo, y se instaló un pequeño taller de fundición de piezas de repuesto para la maquinaria, así como un taller de carpintería para hacer reposiciones normales y de piezas rotas. La nueva planta, inaugurada en enero de 1856, contaba con tres mil husos, aparte de los 58 telares, y empleaba originalmente a 70 personas.<sup>19</sup>

La fuerza motriz necesaria para mover los telares, tróviles y demás maquinaria se obtenía de un ingenio, el cual era una rueda de casi tres metros de diámetro sentada sobre una base de concreto; una mitad de la rueda giraba en una zanja y la otra sobre el suelo. En cada lado tenía una bomba alterna alimentada por una lí-

nea de vapor producida por una caldera ubicada fuera de las instalaciones y alimentada por fogoneros con carbón mineral. Del centro de esa rueda salía una flecha hacia una transmisión de poder y mediante otra flecha con polea se mandaba la fuerza a otras poleas que estaban arriba de cada una de las máquinas, pasando éstas, finalmente, la fuerza a los telares, tróviles o hiladoras.<sup>20</sup>

Fábrica El Porvenir. Valentín Rivero no limitó su actividad industrial a una única experiencia en el ramo textil. El 1 de enero de 1871, al quedar éste y Gregorio Zambrano como propietarios del edificio (rueda motriz, acueducto, terreno y fincas de la hacienda El Cercado), decidieron establecer una fábrica de hilados y tejidos en ese lugar. La escritura constitutiva data del 18 de marzo de ese mismo año. Debió animarles en esa empresa la proximidad de una caída de agua que podía utilizarse como fuerza motriz, caída que el aserradero de Andrés Calzado y Manuel García Rejón había utilizado años antes.

Los socios afirmaban que la nueva empresa produciría lienzos blancos de algodón conocidos comúnmente como "imperiales", "hamburgos" o "madapollanes", siendo la fábrica la primera de esta clase que se iba a erigir en el país, pues dicho tipo de industria era desconocida en el medio empresarial.

El edificio de la fábrica fue cons-



Empleados de la Compañía de Luz Eléctrica y Fuerza Motriz de Monterrey, 1903.

truido de cantera, con tres pisos en su cuerpo principal; unido a éste había una pieza de un piso para el departamento de "picker"; además, un salón de dos naves construido de adobe y cantera, con techos de tejamanil, destinado al blanqueo de telas. Otra pieza de dos naves, también de sillar y piedra y techos de tejamanil, era el departamento de vapor con chimenea. La fábrica utilizaba como fuerza motriz la corriente de agua nombrada de Los Morales, así como los sobrantes del río Escamilla y vertientes entre el potrero de Serna y El Cercado, cuyos derechos fueron adquiridos por la empresa. Además, se construyeron un estanque, una atarjea de seis arcos, una caja de agua, algunas presas y una rueda turbina de 38 caballos de fuerza, para el movimiento de la maquinaria comprada en Inglaterra. La fábrica empezó a producir el 23 de enero de 1875.<sup>21</sup>

El Blanqueo. Todo este movimiento de la industria textil creó la necesidad de construir una fábrica que se dedicara exclusivamente a dar acabado (lavado y blanqueado) a las telas crudas. Es así como nace El Blanqueo, empresa ubicada al poniente de la congregación La Fama, por el antiguo camino a La Huasteca, que aprovecha el caudal que brota del Cañón de Morteros.

El Blanqueo fue construido con altos muros de sillar, ventanas de he-

rrería, grandes columnas interiores y vigas de pino traídas de los bosques canadienses, techo de hormigón de 59 centímetros de espesor. Su piso original tenía un desnivel de dos metros, para obtener mayor fuerza de la caída de agua.

Su importancia empieza a declinar cuando por el proceso de modernización las empresas textiles incorporan a su inventario telares para telas a cuadros y a instalar un departamento de tintorería, donde tenían sus hilos en molotes en variación de colores.<sup>22</sup>

Hasta mediados de los años ochenta, la producción agrícola dominaba el panorama económico de Nuevo León. Sin embargo, diez años después, la industria encabezaba el monto de los valores generados: 12, 900, 000 pesos frente a los 4, 300, 000 de la agricultura. En 1903, las fábricas y talleres regiomontanos registraron casi treinta millones de pesos, mientras que el agro desbordó apenas los cinco millones.<sup>23</sup>

## Referencias

10. Idem
11. Idem.p.36
12. Santiago Roel. *Nuevo León: Apuntes históricos*. Ed. Castillo. 1977. p. 80
13. Edmundo Derbez. op. cit.
14. Idem.
15. Mario Cerutti. *Burguesía y ca-*

*pitalismo en Monterrey 1850-1890*. Claves

Latinoamericanas. 1983.

16. Tomás y Rodrigo Mendirichaga. *El inmigrante: vida y obra de Valentín Rivero*. Emediciones, Monterrey, 1989. p. 93 y ss.
17. José Ramón Tamez. "Fábrica de Hilados y Tejidos La Fama", en *Santa Catarina, un acercamiento a su historia*. p. 127 y ss.
18. Jesús Cortez García. *Santa Catarina, un acercamiento a su historia*. p. 15.
19. José Ramón Tamez. op. cit.
20. Francisco Sepúlveda. "La Fama en los años sesenta", en *Santa Catarina, un acercamiento a su historia*. pp. 37-38
21. Tomás y Rodrigo Mendirichaga. op. cit.
22. Idem. p.162.

Imágenes tomadas de libro *Monterrey en 400 fotografías*, editado por el Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey, 1997.



Taller de hilados, fines del siglo XIX.